

Ficción, realidad, y el campo analítico

Jay Greenberg

En este trabajo sostengo la idea de que el concepto de campo dinámico, *el campo*, como es desarrollado por los Baranger y elaborado por sus seguidores en Latinoamérica y otras comunidades no anglo parlantes puede ser pensado provechosamente como una ficción. Visto de este modo, el campo es una estructura narrativa que da forma a nuestra comprensión de la situación psicoanalítica. Como con cualquier narrativa, algunos de los elementos de la situación que intenta describir son develados mientras que otros permanecen ocultos. Esta incursión en el psicoanálisis comparativo es ilustrado por material de mi práctica clínica.

"Estoy preocupada por usted," dice mi paciente mientras se acuesta en el diván. "Me temo que algo esté mal".

Elena tiene la tendencia a notar cosas mientras va de la puerta del consultorio al diván -sobre mí, sobre los objetos en el consultorio, a veces sobre ella misma. Cuando nota algo, menciona lo que ha visto: "Su agenda de turnos no está donde normalmente la deja", dirá; u "Hoy lleva puesta una remera oscura"; o "Tal vez se pregunte por qué estoy sin aliento". Y después, habiendo expresado lo que ha notado, rápidamente pasa a otro tema.

Esta vez, tal vez porque me doy profundamente cuenta de que algo sí está mal, hablo antes de lo usual y pregunto en qué está pensando. "No estoy segura", dice, "pero hay algo diferente. Tal vez es que hay menos humor entre nosotros de lo usual". Y entonces, porque es hija de psicoanalistas, aunque ella no está en el rubro, agrega, "Por supuesto que es todo transferencia". Habiendo dicho esto, es característico de Elena cambiar de tema. Yo me esfuerzo por encontrar una conexión entre su observación inicial y lo que luego dice pero -embrollado en las significaciones personales de lo que está mal- soy incapaz de hacerlo. Me quedo escuchando en mi mente el eco de una realidad que es perturbadora para mí y que pienso que tal vez también lo sea para Elena, aunque no puedo estar seguro.

Cualesquiera hayan sido sus sentimientos al respecto, ese momento fue ciertamente modelado por lo que estoy seguro que le llamó la atención a mi paciente. Dos meses antes de la sesión que describo, había sido sometido a una cirugía

ortopédica. Ella no sabía acerca de la cirugía, pero sí sabía que poco antes de mis vacaciones de verano le había dicho que me iba a ausentar por una semana adicional. Cuando volví a trabajar estaba bastante incómodo y tomando fuertes analgésicos que me quitaban la energía y me desconcentraban, de lo que algunas veces me daba cuenta y otras no me daba cuenta. Cuando ella hizo el comentario el dolor había disminuido considerablemente y estaba dejando los analgésicos. La abstinencia era desagradable y era consciente de que a veces estaba de mal humor, aunque me engañaba creyendo que podía mantenerlo fuera del consultorio y ninguno de mis otros pacientes dijeron nada al respecto.

De modo que esta es la realidad, una realidad que me hacía difícil, tal vez imposible, crear la clase de espacio analítico protegido que típicamente busco. El encuadre analítico, un concepto al que regresaré luego, se vio alterado -me inclino a decir, deformado- por el pinzamiento de la realidad. Permítanme agregar que este pinzamiento no sólo estaba dado por las realidades físicas involucradas, las sesiones perdidas y mi posterior dolor, sino también por mi reacción profundamente personal al deterioro funcional que implicaba. Sin entrar en detalles innecesarios, es justo decir que mi sentido del self estaba significativamente afectado. Por bastante tiempo, entonces, mi analizada había estado ocupada con un analista que se sentía afectado pero que no se lo había revelado a ella, a los otros, o incluso a sí mismo por completo. Esto seguro le acarreará una angustia considerable, no sólo porque mi salud limita mi disponibilidad emocional, sino porque no me he abierto completamente al impacto de lo que me está pasando, ni con Elena ni conmigo mismo. Este es el problema.

Visto desde la perspectiva del tema de nuestro Congreso, su comentario de que es todo transferencia puede ser plausiblemente comprendido como deshaciendo dos realidades displacenteras: la realidad de mi discapacidad y la realidad de lo que era, para ella, un momento inusual de contacto íntimo personal conmigo. "No se trata de usted y yo", parece estar diciendo, "se trata sólo de mí". Y para esta paciente, a pesar de, o tal vez a causa de, su exquisita sensibilidad a los objetos de su entorno (físico o de otro tipo) "sólo yo" es el lugar más seguro en el que puede estar. El "anoticiarse" de Elena es su manera altamente controlada de tender un puente sobre una distancia interpersonal cuidadosamente construida, distancia necesaria por su miedo crónico a la pérdida inminente. En sus palabras, "Si me mantengo separada, nunca tendré que separarme".

La secuencia de pensamientos que abre la sesión me recuerda una idea importante de los Baranger: ellos escriben que la historización prematura de la transferencia puede calmar superficialmente los temores paranoides del paciente ofreciendo la seguridad de que, en sus palabras, "there is no current situation, we can see that this is what happened with your father"¹ (1962, p.xx). Ciertamente la "situación presente" da forma a la experiencia de Elena, pero ¿es posible afirmar con convicción que los temores de Elena son paranoides y no realistas? Su analista está -no sólo en su mente sino también en la de él mismo- amenazado por la discapacidad. Él también está reteniendo concientemente información que podría afectar el tratamiento en un número de maneras dramáticas, e inconcientemente está luchando con una revuelta profunda en el sentido de su self. Tal vez calmará superficialmente sus temores interpretarle sus preocupaciones como cualquier cosa excepto una reacción frente a una realidad urgente.

Unas seis semanas después, nuevamente al inicio de la sesión, Elena dice "Usted está mejor ahora". Lo dice con naturalidad, aunque percibo que está aliviada. Es como si fuera una mamá hablándole a su hijo, una experiencia familiar para mí en el trabajo con ella aunque es décadas menor que yo. Su tono sugiere que la fiebre ha pasado y que entonces ahora los dos podemos volver a lo que sea que la enfermedad interrumpió. Una vez más, estoy sorprendido por su afirmación porque sé que estoy mejor y lo he estado por un par de semanas; estoy totalmente libre de medicación y estoy comenzando a sentirme yo mismo por primera vez desde meses antes de la cirugía. Pero antes de que yo pueda decir nada ella agrega, "Es todo transferencia, por supuesto". Por mi parte quedo nuevamente cargando con el peso de la realidad. Elena y yo hemos recorrido un camino juntos, hemos soportado mi enfermedad y recuperación, lo cual nos ha afectado profundamente a los dos, y sin embargo el camino no puede ser mencionado sin una auto-revelación que me parece brutal desde fundamentos personales y clínicos. ¿Es acaso la exclusión de la realidad -sostenida, por supuesto, por un montón de teorizaciones clínicas- una manera de ofrecerle a Elena una seguridad superficial?

Pero por supuesto que hay más, mucho más. Y entonces, un par de sesiones después de aquella en la que me dice que estoy mejor llega, atípicamente, 20 minutos tarde a sesión. Me ha dejado un mensaje en el contestador diciéndome que está demorada, pero no he chequeado el contestador, de modo que no

¹ "No hay una situación presente, podemos ver que esto es lo que sucedía con su padre".

lo he recibido. Luego me cuenta del analista de una amiga suya que había tenido que jubilarse por enfermedad. Esta amiga se había vuelto devota de su analista anterior y había pasado mucho tiempo con él después de que se jubiló. Elena sospecha que tuvieron un romance. Luego se acuerda de otra amiga que se había involucrado con un hombre mucho mayor, derrochando su potencial para una relación más gratificante con alguien más cercano a su edad. Había pensado recientemente en esta mujer y le había enviado una solicitud de "amistad" en el Facebook, pero no había sido aceptada. Elena no dice nada más de ello, pero pienso en el mensaje telefónico que he ignorado y tal vez en otros mensajes que he ignorado en los últimos meses.

En esta sesión la "realidad" es puesta patas arriba; la enfermedad y la recuperación son re-contextualizadas. Yo sigo creyendo que Elena se sintió perturbada y amenazada cuando vio que "algo estaba mal conmigo"; la posibilidad de que mis capacidades analíticas estuvieran o pudieran estar comprometidas es una amenaza, una amenaza *real*, que puede ser, y en mi experiencia a menudo es, defensivamente desatendida por ambos miembros de la diada analítica. Pero lentamente Elena pasa a otra cosa. Permítanme aclarar que creo que ella pasa a algo *distinto*, no a algo *más* y ciertamente no a algo *más profundo*. En general creo que describir algo como "más profundo" que otra cosa es mera metapsicología. Junto a una realidad urgente, compartida, hay otra: la idea de que "algo esté mal conmigo" es *también y al mismo tiempo* un sustituto de su deseo. Es un deseo que ella no puede aceptar en ella misma y que teme que yo no haya advertido, el mensaje telefónico ignorado o la solicitud de "amistad" rechazada son elocuentes al respecto. No he aceptado o siquiera notado su ofrecimiento de cuidado erotizado, y por ello se siente rechazada por mí. "Me gustaría que fuese usted y yo", parece estar diciendo, "pero mientras me rechace o no note lo que le ofrezco, debe ser y será sólo yo". Como ha sido siempre, por supuesto, para Elena. Noten que considero que la elaboración transferencial de Elena sobre lo que ha notado es tan "real" como la observación misma. Al caracterizar la situación psicoanalítica, Giuseppe Civitarese señala aquello que él denomina su "radical assuming of an antirealist perspective - that is, a fictional perspective, in that sense that everything... is pervaded... by the shadow of transference"²

² "asunción radical de una perspectiva antirrealista -es decir, una perspectiva ficcional, en el sentido de que todo está impregnado... de la sombra de la transferencia"

(2008, p. 291). Paradojalmente, esta "perspectiva radical antirrealista" trae a la luz otra realidad.

Mis pensamientos se vuelven hacia el concepto de baluarte de los Baranger, el cual dicen que surge "in unconsciousness and in silence, out of a complicity between the two protagonists to protect an attachment that must not be uncovered"³ (Baranger, Baranger, and Mom, 1983, p.65). Es una mirada que aflora, expresada en muy diversas lenguas, en el trabajo de los teóricos que operan en un rango de tradiciones teóricas: en Latinoamérica en el concepto de Roosevelt Cassorla del *enactment* crónico y los no-sueños-para-dos (2001, 2013); en el pensamiento interpersonal norteamericano en el concepto de Edgar Levenson de la transformación del analista (1972); aún en la Psicología del Yo norteamericana, en las ideas de Dale Boesky (1990) sobre la resistencia que es co-creada conjuntamente por analista y analizando. Las claves, de acuerdo a mi manera de pensar, son el silencio y la complicidad; lo inconciente es nuestro lenguaje psicoanalítico preferido para explicar estos desarrollos.

Pero ¿cómo entendemos el "baluarte" que Elena y yo hemos creado juntos? En mi relativamente breve racconto he aludido a múltiples enlaces que no deben ser descubiertos. Está su dependencia, enmascarada por una actitud maternal hacia mí que a veces se expresa en su preocupación, a veces en sus apreciaciones divertidas y sutilmente condescendientes de lo inteligente que puedo ser. La necesidad, no nombrada y no nombrable, aunque palpable, evoca en mí una no poco familiar pero ahora particularmente aguda sensibilidad a los cambios en nuestro horario. Por esta dependencia ella teme que yo sea o que me vuelva viejo y débil; pero como hemos visto, estas preocupaciones a su vez enmascaran esperanzas, tal vez sexuales, que dependen de que yo sea precisamente eso. Su alivio -"usted está mejor ahora" -enmascara su decepción por perder una posibilidad tentadora, y enmascara la manera en que me culpa por no notar sus avances. Avances que, en realidad, no he notado durante el transcurso de varios meses, hasta que me contó las historias de sus dos amigas. Y mi propia manera particular de no notar surge a partir de un interjuego complejo de realidades personales contradictorias: el no querer que nadie me vea como débil y necesitado, incluyendo mis pacientes; y el estar atraído y cansado de la seducción sutil e indirecta de Elena me vienen rápidamente a la mente.

³ "en la inconciencia y en el silencio, de la complicidad entre los dos protagonistas para proteger un enlace que no debe ser develado".

Y por supuesto nada de lo que he dicho hasta ahora toca la historia de mi paciente. Ella tiene, de hecho, una enorme experiencia estando cerca de personas enfermas, algunas de las cuales se mejoraron y otras no. A algunas de estas personas ella deseaba, a algunas quería salvarlas desesperadamente, y a otras les deseaba la muerte. Algunas de ellas recibieron con agrado su deseo y le demandaron sus cuidados, otras fueron indiferentes u hostiles al respecto. Su historia se cruza con la mía de maneras sutiles y complejas; yo tengo mis propias ideas sobre el interjuego entre la necesidad, el odio y el erotismo.

Todo esto y por supuesto mucho más aparece condensado en la observación de Elena de que algo está mal y en sus comentarios posteriores de que estoy mejor. Esto me hace apreciar el entretejido inextricable de realidades en pugna en todo cuanto sucede entre nosotros y nuestros analizandos, y que genera problemas tanto clínicos como teóricos.

Voy a ocuparme del problema teórico primero, comenzando con una mirada más amplia de algunos de los asuntos en juego. Los sucesos que he descrito ocurren interiormente y toman su significado de lo que solía llamarse (al menos dentro del psicoanálisis americano) la situación analítica; la cual, sin embargo, (tomando prestado de los Baranger) es referida cada vez más como el "campo analítico". El campo se crea cuando el analista y el analizando se encuentran bajo las condiciones prescriptas por el contrato psicoanalítico. En este encuentro no hay nada que es o pueda ser visible excepto el campo, o bien para los dos participantes o para un observador externo. Cualquier suceso que se describe es, por definición, un suceso dentro del campo.

Desde la perspectiva del tema de nuestro Congreso, el campo es donde se encuentran la ficción y la realidad. Pero consideren la manera en que he descrito lo que ha sucedido entre Elena y yo. He evitado a propósito caracterizar cualquier aspecto de ello como una "ficción". En cambio, he notado las realidades de mi enfermedad y recuperación, todo lo cual adquiere significaciones que son personales para ella en el contexto de su transferencia, motivados por su historia, su deseo y sus miedos. Y también está mi transferencia, con lo cual me refiero a algo que incluye pero es más amplio que mi contratransferencia y que está también motivada por mi historia, deseo y miedos.

¿Dónde entra, en este panorama, la "asunción radical de una perspectiva antirrealista" de Civitarese? Todos los analistas estarían de acuerdo en que la transferencia impregna todo lo que ocurre en el campo, pero ¿es justo

referirse a la transferencia como una ficción? La elaboración erótica que Elena hace de mi discapacidad y recuperación, ¿es en algo menos real que los miedos que despierta mi enfermedad? ¿Es, en cualquier aspecto, menos real que la discapacidad y recuperación mismas? Y mi experiencia personal de lo que significa estar enfermo y luego mejor -una experiencia que impregna mi vida y que adquiere significados específicos e idiosincráticos tanto en el contexto de mi relación con Elena como en el contexto de todas mis relaciones, las clínicas y las demás- ¿es menos real que la inhibición del humor que ella correctamente notó?

La transferencia, vista desde esta perspectiva, es tan real como mi cirugía y tan real como la historia de Elena de haber cuidado y deseado a su hermano psicótico. La historia psicoanalítica avala esta perspectiva. Recuerden que, en la mente de muchos, el psicoanálisis empezó cuando Freud abandonó la hipótesis de la seducción y reemplazó la centralidad etiológica de la realidad material por la fuerza irrefrenable de la realidad psíquica. Desde las fantasías infantiles que crean objetos tempranos a partir de nuestros deseos y miedos, hasta la relación terapéutica donde el poder inexorable de la transferencia se impone por sobre las intenciones y aún por sobre el sentido del self del analista, la realidad psíquica es todo cuanto precisamos ver. Es todo lo que podemos ver.

Pero la realidad psíquica sigue siendo realidad. Al decir esto quiero decir que las fantasías infantiles y las tendencias transferenciales existen fuera del contexto en el que son descubiertas. Esto es destacado por la creencia de Freud, la cual sostuvo hasta el final de su vida, de que el análisis exitoso depende del relleno certero de los huecos en la memoria autobiográfica. Las "ficciones" creadas por la transferencia y contratransferencia son, en última instancia, tan sólo una realidad de otra clase. Esto se nos hace patente a diario, cuando nos damos cuenta de que hay actuaciones que se han apoderado de las versiones "autorizadas" de lo que sucede en el espacio analítico; las violaciones manifiestas de los límites son sólo el ejemplo más extremo de la manera en que una realidad puede ser consumida por otra.

Sin embargo, no todo puede ser realidad, por lo menos no de la manera en que la realidad común nos seduce y nos constriñe. Aún las realidades de la historia personal, el deseo y la fantasía dejan muy poco lugar para las formas creativas en que estas se expresan, de manera única y de novo, en cada nueva relación. La perspectiva radical antirrealista es esencial en nuestro proyecto psicoanalítico

porque nos fuerza a reconocer que inventamos los mundos en donde habitamos.

¿Dónde entra la ficción, entonces, en este panorama? Yo sugeriría que la ficción yace en el mismo concepto de campo, y en las maneras en que los sucesos de un análisis son conceptualizados por aquellos que se consideran teóricos del campo. Para decirlo de otro modo, el campo es lo que llamaré una "ficción determinante" que genera una descripción narrativa particular de los sucesos que ocurren dentro de la situación psicoanalítica. Nada dentro de la situación psicoanalítica puede entenderse -puede ser visto, en realidad- en ausencia de alguna ficción determinante. Freud (1914) sugirió esto cuando definió al psicoanálisis como una investigación guiada por las asunciones de la transferencia y la resistencia. Con esto no quiso decir simplemente que era necesario adoptar estas asunciones para la conducción de un tratamiento psicoanalítico. Lo que daba a entender, de modo más profundo, es que sólo un observador trabajando con esos conceptos podría diferenciar una sesión psicoanalítica de una conversación común, aunque peculiar. Y por supuesto cualquier descripción psicoanalítica de tal conversación estaría basada en la comprensión del observador de los trabajos de la transferencia y la resistencia.

Entre otras de sus funciones, la ficción determinante es un mapa que define los elementos de la situación psicoanalítica. Es un lugar común, aunque se lo pase por alto con facilidad, decir que el mapa no es el territorio. El mapa de un territorio dado puede ser trazado de diversas maneras, dependiendo de los propósitos de quien hace el mapa. Dentro del psicoanálisis no precisamos buscar más allá de los diversos modelos de Freud de la mente como ejemplo. El modelo topográfico de 1900 y el modelo estructural tripartito de 1923 no se parecen en nada; cada uno fue designado para definir los elementos de la mente expuestos a entrar en conflicto, causando síntomas neuróticos. A pesar de ser inconmensurables, por lo menos en las mentes de muchos analistas, cada modelo aún tiene adherentes; cada uno guía la práctica de algunos clínicos.

Sería difícil decir, especialmente dado el estado actual de nuestro conocimiento, que uno u otro modelo representa la "realidad" de manera más precisa. Es probable, sin embargo, que ambos sirvan para guiar el viaje analítico que sus adherentes pretenden realizar del mismo modo, por supuesto, que otros modelos (veáse Greenberg, 1991). Permítanme agregar, a modo de digresión, que lo que digo es cierto de todos los mapas. Hasta entrado el siglo XX las marinas de muchos países se apoyaban en el modelo ptolemaico del

universo para guiar la navegación (Wilford, 1981). Aquí la "ficción determinante" demostró su utilidad porque los cálculos involucrados eran más simples que aquellos basados en el modelo copernicano, y los resultados eran igualmente efectivos. Por supuesto que otros datos confirman la validez del sistema copernicano, pero estos datos no son y no pueden ser advertidos por los observadores interesados única o principalmente en trasladar sus barcos de un lado a otro.

Con esto en mente permítanme volver a la ficción determinante del campo. Hay diferentes versiones de la teoría de campo, por supuesto. John Churcher (2008) destaca que en la versión original de su trabajo seminal los Baranger citan la versión de Kurt Lewin de la teoría del campo como su inspiración, pero que cuando el trabajo fue reimpresso siete años después, borraron la referencia a Lewin, citando en su lugar a Merleau-Ponty. El cambio es crucial. Lewin definía la teoría del campo como "a method of analyzing causal relations and of building scientific constructs"⁴ (1943, p.45). En cambio, Merleau-Ponty (1945), criticaba agudamente cualquier tendencia a explicar la experiencia humana de manera determinista; para él la experiencia es inevitablemente el resultado único e impredecible de las situaciones particulares en las que estamos involucrados. Esta es la visión que los Baranger y muchos de sus seguidores han adoptado en última instancia.

Bajo las oscilaciones de la ficción determinante del campo surge otra ficción: "la pareja", una entidad distinta de los dos individuos involucrados en diversas interacciones conscientes e inconscientes. "La pareja" es una ficción -por supuesto podríamos decir lo mismo sobre "el individuo"- una criatura que sólo adquiere existencia bajo la ficción determinante del campo tal como Merleau-Ponty y luego los Baranger lo definieron. Consideren la forma en que Madeleine Baranger lo expresa: "...the field is much more than interaction and intersubjective relations; we cannot explain its effects only by communication from unconscious to unconscious... and the resonance produced in the analyst's mind by the patient's communications"⁵ (2005, pp.62-63). Por esto, concluye, para entender los sucesos que ocurren dentro del

⁴ "un método para el análisis de relaciones causales y para fabricar construcciones científicas"

⁵ "... el campo es mucho más que interacción y relaciones intersubjetivas; no podemos explicar sus efectos sólo como comunicación de inconsciente a inconsciente, y la resonancia que producen las comunicaciones del paciente en la mente del analista"

campo se requiere de "a metapsychology of the couple"⁶ (p.62). Permítanme ser claro: esta "metapsicología de la pareja" no es requerida por todos los modelos psicoanalíticos. Ni siquiera es requerida por todas las teorías del campo; la teoría del campo de Lewin no la requeriría, como tampoco la versión interpersonal de la teoría del campo norteamericana de Harry Stack Sullivan (Sullivan, 1947; Stern, en prensa). Estos modelos requieren de una metapsicología de dos individuos y una teoría que dé cuenta de las maneras en las que se afectan mutuamente.

Al caracterizar el campo y la pareja como ficciones no intento sugerir que haya otras maneras de caracterizar la situación psicoanalítica que sean menos ficticias o más "realistas". Mi conclusión es más sorprendente y tal vez más inquietante que eso: sugiero que la naturaleza de la realidad y la ficción sólo puede tomar forma en el contexto de una ficción determinante; no hay ninguna manera de conceptualizar la relación entre la realidad y la ficción que no sea en sí misma ficticia. Al decir esto no me estoy apartando demasiado de la sabia máxima de los Baranger, "It is essential for the analytic procedure that each thing or event in the field be at the same time something else"⁷ (1962, p.799). Pero yo ampliaría la idea: Lo que los Baranger describen como el campo es en sí mismo y al mismo tiempo otra cosa, y también lo es la pareja analítica.

Por supuesto que decir esto es provocador; la mayoría de los teóricos están más cómodos refiriéndose al campo como una metáfora; esta es la formulación de Beatriz de Leon de Bernardi (2013) y de Giuseppe Civitarese y de Antonio Ferro (2013). Sin abordar profundamente la relación entre ficción y metáfora, es justo decir que ambas, metáforas y ficciones, le atribuyen sus características a un objeto o a una situación que el objeto o situación no posee literalmente. Una metáfora, como lo ha expresado el filósofo Donald Davidson, "calls something to our attention"⁸ (1978, p.218). Sorprendentemente, Davidson hace una analogía entre la función de la metáfora y la función del sueño; a pesar de no ser literalmente verdaderos, ambos tienen la capacidad de "make us appreciate some fact"⁹ (217). Sin embargo, continúa, lo que le llama la atención a cualquier persona está predeterminado por la metáfora misma, así como los significados de un sueño están predeterminados por su

⁶ "una metapsicología de la pareja"

⁷ "Es esencial para el procedimiento analítico que cada cosa o suceso en el campo sea al mismo tiempo otra cosa"

⁸ "trae algo hacia nuestra atención"

⁹ "hacernos apreciar algún hecho"

contenido manifiesto: "in fact", escribe Davidson, "there is no limit to what a metaphor calls to our attention,"¹⁰ y lo que vemos está también moldeado por nuestras sensibilidades y nuestra experiencia (p. 218).

Debido a que las implicaciones de una metáfora dependen de los compromisos, las inclinaciones y los intereses de quienes están expuestos a ella y de quienes podrían ser propensos a usarla, creo que una palabra más "dura" como ficción es más apropiada para el discurso psicoanalítico. En nuestras conversaciones, formulaciones que comienzan como metáforas evocativas se transforman -usualmente nada más que sobre la base del uso reiterado- en hechos indiscutidos. Típicamente el desliz no es notado. Déjenme citar dos ejemplos de esto: para Madeleine Baranger "the analytic situation does not correspond to a psychology of the individual"¹¹ (2005, p.62, el énfasis es mío); y para Civitaresse y Ferro "The individual's proto-mental system... cannot... be studied in isolation [from the proto-mental system of the group]"¹² (2013, p.124, mi énfasis). Ambos casos son presentados como realidades categóricas; ninguno está precedido -como sugiero que debería ser- por el calificativo "bajo la narrativa derivada de la ficción determinante del campo..".

¿Por qué tiene esto importancia? La respuesta está implícita en la idea de Davidson de que la función de la metáfora es traer algo hacia nuestra atención, y que lo que es traído hacia nuestra atención por la metáfora está predeterminado por la metáfora misma. Si tenemos esto en cuenta, somos conscientes de que cualquier cosa que dirige nuestra atención hacia algo debe necesariamente alejar nuestra atención de alguna otra cosa. Algo siempre se gana cuando trabajamos con metáforas generativas, y algo siempre se pierde, lo cual es muy diferente de lo que pasa cuando trabajamos con hechos incontestables.

Consideren una situación que frecuentemente se da y que es vitalmente importante en cualquier análisis. Trabajando con una versión radical de la teoría del campo derivada del modelo de los Baranger, Giuseppe Civitaresse (2005) describe a una paciente que, una semana antes de las vacaciones de verano, anuncia que su padre ha decidido repentinamente separarse de su madre. Le pide que la aconseje sobre cómo ayudar a su madre, dejando al analista con el sentimiento de

¹⁰ "de hecho" escribe Davidson, "no hay límite en cuanto a lo que una metáfora trae hacia nuestra atención"

¹¹ "la situación analítica no corresponde a una psicología del individuo"

¹² "El sistema proto-mental del individuo... no puede... ser estudiado de manera aislada [del sistema proto-mental del grupo]"

estar "acorralado" (p. 1310). A su vez, Civitarese afirma, "I choose to focus on the characters of the session and try to reply simply, saying that it is a very sad situation, that perhaps her mother is the one who is suffering most now, that I would ask myself how I could help her mother"¹³ (p. 1310, énfasis agregado). Él ve lo que le dice a la paciente como una interpretación "narrative, unsaturated"¹⁴ (p. 1312).

Lo crucial aquí es la idea de que el comentario del analista se centra en los "personajes de la sesión", un producto del campo dinámico. Esta asunción le permite creer que su intervención es una interpretación en y del campo, aunque una interpretación no saturada. Esta forma de comprender las cosas es posible sólo si uno trabaja con la ficción determinante del campo según lo conceptualiza Civitarese. Los analistas que trabajan con un modelo interactivo -uno que asume un encuentro entre dos individuos que responden cada uno a sus deseos, miedos, objetos internos y así sucesivamente- probablemente verían las cosas de una manera bastante diferente. Un analista que no cree que todo lo que pasa en la hora de análisis pueda ser entendido como un personaje dentro de un campo podría no considerar la intervención como una interpretación en absoluto.

Muchas alternativas me vienen pronto a la mente: la intervención de Civitarese podría ser entendida como una retirada hacia el brindar sostén o consejo, que surge de la reacción culposa del analista frente a la acusación enérgica aunque indirecta de la paciente por abandonarla; podría verse como la retención de una interpretación por parte del analista en un intento de escapar del sentimiento de estar "acorralado"; tal vez refleja la angustia del analista de que confrontar a la paciente con las realidades del momento presente la conducirá a abandonarlo. Espero que quede claro en lo que digo que no estoy asumiendo que alguna manera de entender la dinámica de este intercambio sea más "correcta" que otra, ni dispongo de ninguna información que me llevaría a creer que una intervención es más efectiva desde el punto de vista analítico o terapéutico (esto es, por supuesto, virtualmente cierto de cualquier viñeta clínica).

Preferiblemente, la idea en la que hago hincapié es que ningún suceso en cualquier análisis puede ser entendido o evaluado sin tomar en cuenta la ficción determinante que guía el entendimiento del analista. En el encuadre clínico la

¹³ "elijo enfocarme en los personajes de la sesión e intento responder con simpleza, diciendo que es una situación muy triste y que tal vez su madre sea quien más esté sufriendo en este momento, que yo me preguntaría cómo podría ayudar a su madre"

¹⁴ "narrativa, no saturada"

ficción determinante puede ser conciente o inconciente; y en muchos, aunque no en todos los casos, los analistas trabajan con préstamos implícitos de diversos puntos de vista (Sandler, 1983). Hacer teoría, por el contrario, requiere que los supuestos que caracterizan la ficción determinante sean formulados explícitamente. Estas formulaciones tienden a ser cohesivas, de manera que inevitablemente son reducidas. Como resultado, cada ficción determinante ilumina ciertas realidades mientras que oculta otras.

Una forma de profundizar nuestra apreciación de esto es comparar las ficciones que se usan en diferentes tradiciones analíticas. De modo interesante, a pesar del uso frecuente de metáforas por parte de Freud, en un pasaje importante implícitamente recomienda precaución al hacerlo. En "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" les recuerda a los analistas que el curso de acción que debe seguirse "is one for which there is no model in real life"¹⁵ (1915, p.166), sugiriendo así que la búsqueda de analogías fuera del consultorio probablemente resulte engañosa. Pero como es difícil conceptualizar fenómenos que son puramente sui generis a menudo invoca ficciones generativas, poéticas, con la intención de captar lo que sucedía en la situación psicoanalítica. Los Baranger notan tres que son particularmente relevantes para mi tema -la metáfora arqueológica, la metáfora del partido de ajedrez, y la metáfora del campo de batalla (Baranger, Baranger, y Mom, 1983, p. 72).

Los Baranger nos recuerdan que la metáfora arqueológica -ciertamente la versión más sólida de Freud de lo que luego ha sido caracterizado como una psicología "de una persona"- por sí sola no da cuenta adecuadamente de la totalidad de la situación psicoanalítica tal como él la entendía. Ellos señalan que Freud se apoyaba igualmente en la metáfora del análisis como juego de ajedrez, que nos alerta sobre la participación de dos jugadores, y por lo tanto sobre una psicología "de dos personas". La metáfora del campo de batalla evoca sensibilidades similares. Pensar en términos de un juego de ajedrez destaca lo que tengo en mente cuando me refiero a una "ficción", porque la ubicación de las piezas sobre el tablero y el efecto de cualquier movimiento que se haga tienen sentido sólo en el contexto de las reglas artificialmente construidas del juego, y de las intenciones de los jugadores involucrados en él. Cualquier cambio en las

¹⁵ "[es] uno para el cual la vida real no ofrece modelos" (Freud, S. (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis III). O.C. 12:160-176. Bs. As: Amorrortu, p.169)

reglas del juego o cualquier cambio en los estados mentales de cualquiera de los dos jugadores requerirá que ajustemos la comprensión de todo lo que vemos.

Teniendo en mente estas consideraciones, ahora abordaré los problemas clínicos que se generan por el interjuego de ficción y realidad dentro de la ficción determinante del campo analítico. Los psicoanalistas, a pesar de arrogarse lo contrario, nos parecemos más a los navegantes que a los científicos que -idealmente al menos- son imparciales frente al resultado de sus investigaciones. Dicho de manera levemente distinta, nuestra responsabilidad como psicoanalistas difiere significativamente de la responsabilidad de los científicos. Introduzco el término "responsabilidad" deliberadamente; se refiere ambiguamente a nuestro compromiso con un método terapéutico en el cual hemos sido entrenados y en el que creemos profundamente, y a la preocupación humana por el bienestar de nuestros analizandos.

Un aspecto de nuestra responsabilidad particularmente relevante para nuestro tema es la responsabilidad de hablar, y aquello sobre lo cual elegimos hablar será una selección de un vasto menú de posibilidades. La elección de aquello sobre lo cual hablar (y por supuesto incluyo aquí la opción de no hablar sobre algo en particular, o no hablar en absoluto) es infinitamente compleja; siempre está determinada por nuestra sensibilidad, conocimientos, juicios, deseos y ansiedades.

En cualquier relación nuestra responsabilidad es hablarle a una realidad sobre la que hay un acuerdo consensuado aunque a menudo sea un acuerdo tácito. A menudo este acuerdo tácito implica pasar por alto otras realidades que son aparentes para todos participantes. Un ejemplo sencillo puede ser que fuera de un encuadre clínico tendemos a no hablar con la gente sobre sus motivaciones o sus transferencias; hacerlo sería considerado intrusivo e irrespetuoso con toda justicia. Si un amigo llega tarde a una cita para almorzar y le echa la culpa al tráfico cargado, vamos a expresar empatía, no a interpretar. Pero si un analizando llega tarde y le echa la culpa al tráfico cargado nuestra responsabilidad está en otro lado, a pesar del hecho de que las realidades -tanto logísticas como psíquicas- puedan ser las mismas en ambos casos. La realidad es el terreno, lo que decimos refleja el mapa que hemos elegido usar como guía. Dentro de la situación psicoanalítica, a pesar de nuestro compromiso con decir la verdad siempre tenemos presente la necesidad de tener tacto; y en cualquier caso, es simplemente imposible abordar todas las verdades relevantes en un momento dado. Puesto que debemos hablar la

verdad pero no podemos hablar todas las verdades al mismo tiempo, siempre nos enfrentamos con la necesidad de elegir. Los momentos que he descrito con Elena, y a los cuales regresaré en breve, ilustran esto de manera poderosa.

Entonces, ¿cómo entendemos, formulamos e implementamos nuestras responsabilidades dentro de la situación psicoanalítica? En la mezcla de realidades y ficciones abrumadoras que conforman cada momento clínico, ¿cómo decidimos qué decir? O, para decirlo de otro modo, ¿cómo localizamos y abordamos el "punto de urgencia" al que tantos analistas creen que le debemos hablar? Yo sugeriría que las maneras en que comprendemos nuestra responsabilidad, y así las elecciones clínicas que realizamos, son conformadas de manera decisiva por la ficción determinante que establece nuestra comprensión de la situación psicoanalítica y su proceso.

Una razón importante por la cual es difícil reconocer que nuestros modelos de la situación psicoanalítica son ficticios -o metafóricos, si prefieren, aunque encuentro que la palabra más fuerte es más potente- es que las responsabilidades que estos modelos prescriben son terriblemente reales. Y aquí nuevamente, tengo en mente la realidad material y la psíquica -la realidad material de nuestro compromiso con el bienestar de nuestros analizandos y la realidad psíquica de nuestros compromisos cargados transferencialmente para con las personas y las instituciones que han contribuido a nuestro desarrollo como psicoanalistas. Uno de los desafíos de nuestra profesión es que tenemos que aceptar un hecho problemático de la vida psicoanalítica: La única forma en que podemos satisfacer las necesidades urgentes es a través del despliegue de un método que está anclado en modelos evocadores pero que no se pueden verificar.

Consideren los tipos de responsabilidad que impone la teoría del campo de los Baranger. Dos de ellas me vienen pronto a la mente: primero, el analista debe mantener una versión altamente específica e inelástica del encuadre analítico. Como lo expresó José Bleger, "a process can only be examined when the same constants (frame) are being kept up"¹⁶ (1967, p.511; véase también Baranger, Baranger y Mom, 1983). La inelasticidad del encuadre está implícita en la metáfora del campo, de la misma manera que el campo de juego en una competencia atlética está definido por las líneas que determinan lo que queda fuera de límite. Yo agregaría, a modo de digresión, que esta mirada del encuadre distingue la

¹⁶ "un proceso sólo puede ser examinado cuando se mantienen las mismas constantes (encuadre)"

teoría del campo de Latinoamérica de las aproximaciones intersubjetivas de Norteamérica. La flexibilidad del encuadre tiene una larga historia en el pensamiento norteamericano (Gill, 1984, 1991; Stern et al, 1998; Gabbard, 2007), y por supuesto entraña responsabilidades muy diferentes en la conducción de un análisis. Es justo decir que muchos, por no decir la mayoría, de los analistas norteamericanos no ven el mismo tipo de relación entre encuadre y proceso que asumen los colegas que trabajan en otras partes del mundo.

La segunda responsabilidad que tengo en mente es la obligación de dar lo que los Baranger denominan una "segunda mirada" a los sucesos de una sesión analítica. La teoría del campo obliga al analista a dar una segunda mirada porque los bloqueos en el proceso analítico son causados - invariabilmente- por una "pathological structuring of the field"¹⁷ que sólo puede verse cuando el analista observa lo que ha sucedido, presumiblemente de manera algo imparcial, después de la sesión (Baranger, Baranger, y Mom, 1983, p. 5).

Como ha habido relativamente poca discusión en nuestra literatura sobre lo que denomino las diversas "ficciones determinantes" con las que trabajamos, no se ha realizado un estudio comparativo sobre las responsabilidades del analista que entrañan los distintos modelos. Aunque una consideración completa de este importante asunto va más allá del alcance de este trabajo, sí deseo mencionar brevemente que estas diferencias existen y que decisivamente le dan forma no sólo a las maneras de entender la naturaleza de la participación del analista en el proceso psicoanalítico, sino a las elecciones clínicas de todo analista. Voy a ejemplificar esto haciendo un breve bosquejo de las responsabilidades que creo que son inherentes a dos abordajes intersubjetivos que se basan en ficciones determinantes distintas de las que caracterizan la teoría del campo latinoamericana.

Para los analistas kleinianos/bionianos contemporáneos (considero que su abordaje es intersubjetivo en el sentido que las identificaciones proyectivas del analizando afectan necesariamente los pensamientos y sentimientos del analista) la responsabilidad primordial del analista es la contención. La contención como responsabilidad deriva de la asunción de que el movimiento de la posición esquizo-paranoide a la depresiva, y de este modo la capacidad de simbolizar y establecer relaciones de objeto estables, depende de la habilidad de la madre para recibir y desintoxicar las identificaciones proyectivas del bebé. Sólo cuando lo intolerable se vuelve tolerable por la intervención del otro,

¹⁷ "estructuración patológica del campo"

el pensamiento se hace posible; y la incapacidad de pensar es considerada como la causa de gran parte de la psicopatología, si no de toda.

Esta hipótesis etiológica se traduce directamente a la situación clínica, definiendo la responsabilidad del analista. El analista debe recibir lo que es proyectado, pero un proceso analítico exitoso depende de que no lo actúe. Yo sugeriría que esta clase de contención pura, aunque puede ser una especie de ideal al que el analista aspire, es imposible cuando la situación psicoanalítica es vista a través de la lente de la teoría del campo. La lógica de una "metapsicología de la pareja" implica que las perturbaciones que se originen en cualquier lugar dentro del campo reverberarán en todo su interior.

A pesar de esto, los mismos Baranger tendían a ser cautelosos sobre este punto; en general consideraban la contratransferencia "less intense and more instrumental"¹⁸ que la transferencia (Baranger, Baranger, y Mom, 1983, p.70), una fórmula que concuerda con el sentido de la contención. Sin embargo, otros que trabajan dentro de la tradición latinoamericana desarrollaron la lógica de la teoría del campo de manera diferente, destacando la responsabilidad del analista de participar dentro del campo más que de simplemente funcionar como un continente. Tempranamente, Heinrich Racker sugirió lo que a mi juicio parece ser una visión intersubjetiva más participativa, que lo pone levemente en desacuerdo con los Baranger. El famoso epigrama de Racker, "the myth of the analytic situation is that analysis is an interaction between a sick person and a healthy one"¹⁹ (1957, p.308) capta agudamente esta idea. Y recientemente, Roosevelt Cassorla, en lo que podría considerarse una integración de las perspectivas de los Baranger y Racker, ha defendido la idea de que los enactments crónicos son inevitables y los enactments agudos pueden ser curativos, siempre y cuando sean sometidos a una segunda mirada (2001, 2012, 2013). Para Cassorla -que toma un aspecto esencial de la teoría del campo que era relativamente ignorado por los Baranger- la falla del analista en la contención constituye un aspecto esencial del proceso analítico, no su fracaso. Aplicando la idea de la segunda mirada a esta manera de comprender los hechos dentro del campo, la responsabilidad del analista es examinar más que evitar los enactments.

¹⁸ "menos intensa y más instrumental"

¹⁹ "el mito de la situación analítica es que el análisis es una interacción entre una persona enferma y una sana"

En Norteamérica los primeros modelos intersubjetivos fueron desarrollados dentro del psicoanálisis interpersonal. En una rama de la tradición interpersonal, aquella desarrollada por Erich Fromm y sus seguidores, la ficción determinante que le dio forma a las conceptualizaciones de la situación psicoanalítica era que se trata de un encuentro entre dos adultos, que inevitablemente traen al mismo versiones completas de sus personalidades. Y dado que la falsedad -aquello que Edgar Levenson (1983) denominó "mistificación"- es lo que causa enfermedad, la honestidad es la cura. De este modo, la responsabilidad del analista es traer su propio self a la relación; la espontaneidad y la autenticidad -no la contención y a menudo ni siquiera el tacto- es lo que el analizando necesita. La apertura norteamericana hacia la auto-revelación como intervención analítica legítima comenzó con esta tradición, aunque sigue habiendo un amplia gama de opiniones diversas entre los analistas interpersonales acerca de su eficacia.

Discusión clínica

Con estas ideas en mente, permítanme volver a mi experiencia con Elena. Mi cirugía, los calmantes y mi abstinencia de ellos, mi deterioro y mis dificultades para reconocer todo esto contribuye a lo que sucede entre nosotros. Se manifiesta en las expresiones faciales, los tonos de voz, el ritmo de mi habla y así sucesivamente, pero lo más importante es que afecta mis estados mentales concientes e inconcientes. La historia de mi paciente, su deseo, su temor a la intimidad, su típica agudeza y atención al detalle, su reticencia igualmente típica a mostrarse, y mucho más, conforman y son conformados por la situación tal como se ha desarrollado entre nosotros. Nuestra historia juntos también es una fuerza poderosa: uno de los muchos elementos posibles de esta historia que yo destacaría es el erotismo fugazmente vislumbrado y luego -como sus percepciones al entrar al consultorio- rápidamente negado. Y también están, por supuesto, el contrato analítico y el encuadre terapéutico, los cuales imponen la demanda de que todas estas realidades físicas y emocionales más bien comunes sean manejadas de acuerdo con mis responsabilidades clínicas tal como yo las entiendo.

La manera en que he enmarcado esta descripción ya indica que trabajo dentro de un paradigma radicalmente intersubjetivo. Es decir, he incluido lo que sé de mis propios pensamientos, sentimientos, y acciones junto con los de Elena como fuerzas que conforman lo que sucede entre nosotros; aún el decir "entre nosotros" revela mi

perspectiva. Quiero agregar rápidamente que hay maneras de pensar la situación que no son intersubjetivas: podríamos decir simplemente que Elena notó mi deterioro y luego mi recuperación, y que los elaboró de acuerdo con su propia historia de temores y deseos conflictivos. Incluso un concepto tan ampliamente usado como el de intersubjetividad es, supongo, su propia clase de ficción determinante.

Pero el propósito de mi trabajo tiene un foco más estrecho: me interesa explorar lo que implica trabajar con la ficción determinante del campo en contraste con otras ficciones igualmente intersubjetivas pero más interactivas. Permítanme imaginar, entonces, cómo podría hablar acerca de lo que sucede un teórico del campo. Recalcando la transformación dentro del campo y por el campo de cualquier cosa que pudiera originarse fuera de él -la cirugía y la tendencia de Elena a erotizar la debilidad, por ejemplo- mi enfermedad tal como es experimentada por nosotros dos en el análisis sería vista como una neo-creación de la pareja analítica. Es lo que Ferro a menudo designa como un "personaje", una clase de metáfora que nos llama la atención hacia algo que sucede dentro del campo (v.g., Ferro, 1992). Es justo decir que en lo que concierne al análisis no se trata tanto de que mi enfermedad le da forma al campo, sino de que el campo le da forma a mi enfermedad. Ciertamente mi enfermedad, tal como se juega entre Elena y yo, no es lo que sería con cualquier otro paciente, y el romance de Elena con la enfermedad no es lo que sería con cualquier otro analista.

De modo que la enfermedad y tal vez el silencio sobre ella sea un síntoma de Elena y yo como pareja; podemos considerarlo como una metáfora de la sexualidad efímeramente sentida pero en última instancia resistida. El comentario de Elena sobre la pérdida del humor que habíamos compartido conmemora su sentimiento de haber sido seducida y abandonada. Mi dependencia de los calmantes y mi posterior abstinencia representa ambos la tentación de Elena y los peligros de sucumbir a ella. La negación compartida del erotismo dificulta el sostén de la vitalidad del análisis. Mi responsabilidad, desde esta perspectiva, es dar una "segunda mirada" a mi participación con Elena de un modo que facilitaría mi apreciación de las formas en las cuales he contribuido a crear esta enfermedad dentro del campo.

Ahora déjenme imaginar lo que la situación podría parecerle a un analista empapado en una metáfora más interactiva. No tengo ninguna específica en mente. Sólo para poder hacer un contraste me imagino una suerte de híbrido del modelo psicológico interpersonal norteamericano o de la Psicología del Yo, que hiciera considerable hincapié en la

importancia de la realidad externa que está influyendo en ambos participantes. En tal modelo imagino que el primer foco caería en mi deterioro real, y que de acuerdo con esto mi primera responsabilidad sería evitar confabular con los intentos de Elena por evitar ser consciente de ello. Esto no involucraría necesariamente, quiero recalcarlo, ninguna clase de auto-revelación, aún en el caso de un analista que no fuese muy quisquilloso al respecto.

Si elijo revelar algo acerca de mi condición o no, mi responsabilidad sería encontrar el modo de ayudarla a comprender aquello que por ahora ella sólo puede negar. Esto podría significar dirigir su atención hacia lo que ha notado o hacia cómo, habiéndolo notado, se aleja rápidamente con miedo. Tan sólo señalarle esta defensa podría ser un comienzo; podría ayudarla a ver cómo su ansiedad frente a la debilidad -física o de otra índole- de un otro necesario le crea un conflicto que deteriora su capacidad para darse cuenta de lo que sucede. La erotización de la relación, construida sobre su historia, por supuesto, podría ser perfectamente parte de la estructura defensiva que ha desarrollado para lidiar con las necesidades de dependencia y los miedos a las pérdidas. O tal vez el juego provocador de anoticiarse y escapar es el erotismo mismo. En cualquier caso, mi responsabilidad es ayudarla a ver el juego intrincado del deseo, el miedo y la defensa con el cual siempre ha vivido y que ahora se está cumpliendo conmigo.

Y dentro de los términos de esta clase de modelo interactivo también es mi responsabilidad reconocer que es probable que mis conflictos me dificulten el poder involucrarme o incluso el poder reconocer plenamente los conflictos de ella. Tal vez el hecho de "cambiar de tema" luego de mencionar que algo está mal me alivia por la ansiedad que desencadena su tipo particular de intimidad, o quizá porque mi propia historia me conduce a aceptar su invitación a unirme en su frustrante danza seductora. Cualquiera sea la conclusión a la que pudiera llegar, quiero destacar que la ficción determinante que genera esta narrativa es tan radicalmente intersubjetiva como la ficción determinante del campo, aunque las particularidades subsiguientes sean, por supuesto, dramáticamente distintas. Más interesante que cualquier particularidad, sin embargo, es que la responsabilidad del analista bajo el vaivén de cada ficción es igualmente diferente.

Lo que más me llama la atención de estas imaginaciones es que las dos formulaciones dinámicas que he sugerido son verdaderas, aunque por ser inconmensurables no pueden ser ambas verdaderas. A menos que, por supuesto, todo en la

situación psicoanalítica sea al mismo tiempo otra cosa; lo cual temo y espero que capte algo vital sobre la relación de la realidad y la ficción en la mente del psicoanalista.

Conclusión

Me gustaría concluir señalando un intrigante paralelo entre las maneras en que podemos conceptualizar los encuentros entre dos personas dentro de la situación psicoanalítica, y las maneras en que podemos pensar los encuentros entre diferentes abordajes teóricos. Los abordajes teóricos del campo a los cuales me he referido -aquellos en los que los Baranger siguiendo a Merleau-Ponty han sido pioneros y que han sido desarrollados por Ferro, Civitaresse, Cassorla, Ogden, y otros- destacan la emergencia de la pareja en la situación analítica. Es decir que emerge una neo-formación dentro del campo, fuera del cual no tiene existencia, y cuya naturaleza no podría haber sido anticipada con prioridad al establecimiento del campo.

Algunas veces la teoría se desarrolla de manera similar. El encuentro entre dos puntos de vista conduce a una integración que trasciende lo que ha venido antes, creando un todo que difiere de la suma de sus partes. El principio de realidad de Freud surgió del encuentro entre su teoría de la libido y la insistencia de Adler en la fuerza dinámica de las realidades de las relaciones interpersonales. El principio de realidad -guardián del principio de placer y por lo tanto en sí mismo una criatura de los trabajos de la libido- no es ni anterior al Freud de 1911 ni anterior al Adler de 1911; es una nueva estructura conceptual creada dentro del campo teórico que constituía el psicoanálisis a principios del siglo XX. Hay muchos otros ejemplos en nuestra historia, por supuesto, esta clase de acomodación representa una de las maneras en que la teoría psicoanalítica ha evolucionado.

Pero no es la única manera. A veces, tal vez porque las teorías mismas son radicalmente inconmensurables o tal vez porque en un momento dado hay compromisos institucionales y políticos particularmente poderosos, las teorías alternativas son libradas a contradecirse y desafiarse unas a otras. Así, por ejemplo, la teoría del sueño de Bion desafía la de Freud, la teoría relacional norteamericana desafía la Psicología del Yo, la teoría del campo de los Baranger desafía los modelos intersubjetivos arraigados en la interacción de dos individuos. Y, por supuesto, vice-versa en cada caso. Con respecto a la práctica clínica, en Norteamérica al final del siglo pasado la teoría de la Psicología del Yo de Kohut desafió las técnicas preferidas por una serie de otros abordajes (véase Bernardi, 2011, por una discusión

interesante del impacto de las ideas de Kohut sobre su propia práctica). En este modelo de cambio no se llega a ninguna acomodación, nada nuevo es creado, pero puntos de vista dispares son librados a interrogarse mutuamente en las mentes de todos los analistas en ejercicio.

En el encuadre clínico las metáforas tomadas de la teoría del campo nos recuerdan que en el consultorio estamos siempre en presencia de algo nuevo, algo que trasciende la individualidad de ambos participantes. Al mismo tiempo, las metáforas ancladas en una visión interactiva nos recuerdan que hay siempre una otredad que resiste la acomodación y la transformación en algo nuevo (Berenstein); en este modelo el proceso analítico involucra siempre la interrogación de una mente por parte de la otra.

Cuando podemos sostener las dos visiones a pesar de las contradicciones manifiestas entre ellas, creamos un desequilibrio generativo que nos recuerda que tenemos el privilegio y el peso de trabajar en una disciplina en la cual "todo debe ser al mismo tiempo otra cosa".

Referencias

- Baranger, M. (2005). Field theory. In: S. Lewkowicz and S. Flechner, eds. Truth, reality, and the psychoanalyst: Latin American contributions to psychoanalysis. London: International Psychoanalytic Association, pp.49-71.
- Baranger, W. and M. Baranger (1962/2008). The analytic situation as a dynamic field. Int. J. Psychoanal. 89: 795-826.
- Baranger, W., M. Baranger, and J. Mom (1983). Process and non-process in analytic work. In: L. Fiorini, Ed. The work of confluence: listening and interpreting in the psychoanalytic field. London: Karnac, 2009, pp.63-88.
- Bernardi, R. (2011). The challenge to and of the 'outsider': the reception to and of Kohut's ideas by an analyst trained in a different tradition. Psychoanal. Inq. 31:448-461.
- Bleger, J. (1967). Psychoanalysis of the psycho-analytic frame. Int. J. Psychoanal. 48:511-519.
- Boesky, D. (1990). The psychoanalytic process and its components. Psychoanal. Q. 59:550-584.
- Churcher, J. (2008). Some notes on the English translation of the analytic situation as a dynamic field by Willy and Madeleine Baranger. Int. J. Psychoanal. 89:785-793.

- Civitaresse, G. (2005). Fire at the theater: (un)reality of/in the transference interpretation. Int. J. Psychoanal. 86:1299-1316.
- Civitaresse, G. (2008). Immersion versus interactivity and analytic field. Int. J. Psychoanal. 92:279-298.
- Civitaresse, G. and A. Ferro (2013). Metaphor in analytic field theory. In: S.M. Katz, ed. Metaphor and fields: common ground, common language, and the future of psychoanalysis. East Sussex, UK: Routledge, pp.121-142.
- Cassorla, R. (2001). Acute enactments as a 'resource' in disclosing a collusion between the analytic dyad. Int. J. Psychoanal. 82:1155-1170.
- Cassorla, R. (2005). From bastion to enactment: the 'non-dream' in the theater of analysis. Int. J. Psychoanal. 86:699-719.
- Cassorla, R. (2012) What happens before and after acute enactments? an exercise in clinical validation and the broadening of hypotheses. Int J. Psychoanal. 93:53-80.
- Cassorla, R. (2013). When the analyst becomes stupid: an attempt to understand enactment using Bion's theory of thinking. Psychoanal. Q. 82:323-360.
- Davidson, D. (1978). What metaphors mean. In: M. Johnson, ed. Philosophical perspectives on metaphor. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1981, pp.200-220.
- De Leon, B. (2013). Metaphor, analytic field, and spiral process. In: S.M. Katz, ed. Metaphor and fields: common ground, common language, and the future of psychoanalysis. East Sussex, UK: Routledge, pp.182-203.
- Ferro, A. (1992). Two authors in search of characters: the relationship, the field, the story. Rivista Psicoanal. 38:44-90.
- Freud, S. (1914). On the history of the psychoanalytic movement. S.E. 14:1-66.
- Freud, S. (1915). Observations on transference-love (further recommendations on the technique of psycho-analysis III). S.E. 12:157-171.
- Gabbard, G. (2007). Flexibility of the frame revisited: commentary on Tony Bass' "when the frame doesn't fit the picture." Psychoanal. Dial. 17:923-929.
- Gill, M. (1984). Psychoanalysis and psychotherapy: a revision. Int. Rev. Psychoanal. 11:161-179.
- Gill, M. (1991). Psychoanalysis and psychotherapy. Int. J. Psychoanal. 72:164-165.
- Greenberg, J. (1991). Oedipus and beyond: a clinical theory. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Levenson, E. (1972). The fallacy of understanding. New York: Basic Books.

- Levenson, E. (1983?). The ambiguity of change. New York: Basic Books.
- Lewin, B. (1943). Field theory in social science: selected theoretical papers. New York: Harper & Brothers.
- Merleau-Ponty, M. (1945). Phenomenology of perception, tr. D. Landes. East Sussex, UK: Routledge, 2012.
- Sandler, J. (1983). Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. Int. J. Psychoanal. 64:35-45.
- Stern, D.B. (in Press). Field theory in psychoanalysis, part I: Harry Stack Sullivan and Willy and Madeleine Baranger. Psychoanal. Dial.
- Stern, D.N., L. Sander, J. Nahum, A. Harrison, K. Lyons-Ruth, A. Morgan, N. Bruschiweilerstern, and E. Tronick (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: the 'something more' than interpretation. Int J. Psychoanal. 79:903-921.
- Sullivan, H.S. (1947). The study of psychiatry: three orienting lectures. Psychiatry 10:355-371.
- Wilford, J. (1981). The Mapmakers. New York: Knopf.